

protesta siempre la naturaleza. Para tales almas una celda y un rezo constante deben bastar.

—Tiene usted razón, dijo León de Lora. Pero, por poco que yo valga, no puedo menos de admirar á una culpable que, viviendo en su modesto taller, no descendió nunca de su elevada esfera, no vió el mundo, ni se manchó de lodo. Expió su culpa y tuvo la dignidad de no olvidarla.

—Eso se vió durante algunos meses, dijo Claudio Wig-non irónicamente.

El embajador se dirigió á la señorita de Touches para decirle:

—La condesa Honorina no es la única en su género. Un hombre político, escritor y amigo mío, inspiró un amor de esa especie, y el pistoletazo que le mató no le alcanzó á ella, porque ésta se había encerrado ya en el claustro.

Al conocer la historia de aquellos amores, se hubiese visto la gran abnegación que suele brillar siempre en el corazón de las mujeres.

—¿Se encuentran todavía grandes almas en este siglo? dijo Camila Maupín, que permaneció melancólica y pensativa algunos minutos.

París, enero de 1843.

EL CORONEL CHABERT

Á la señora doña Ida del
Chatelar, condesa de
Bocarmé.

—Vaya, ya tenemos aquí á ese viejo moscardón del carrique.

Esta exclamación la lanzaba un pasante que pertenecía al género de los que se llaman en los estudios *saltacharcos*, el cual mordía en este momento con apetito voraz un pedazo de pan. El tal pasante tomó un poco de miga para hacer una bolita, la cual, bien dirigida y lanzada por el postigo de la ventana en que se apoyaba, rebotó hasta la altura de dicha ventana, después de haber dado en el sombrero de un desconocido que atravesaba el patio de una casa situada en la calle Vivienne, donde vivía el señor Derville, procurador.

—Vamos, Simonín, no haga usted tonterías á las gentes, ó le pondré de patitas en la calle. Por pobre que sea un cliente, siempre es hombre, ¡qué diablo! dijo el primer pasante interrumpiendo la adición de una memoria de costas.

El *saltacharco* es, generalmente, como era Simonín, un muchacho de trece á catorce años, que se encuentra en todos los estudios bajo la dirección especial del primer pasante, cuyos recados y cartas amorosas le ocupan, al mismo tiempo que va á llevar citaciones á casa de los ujieres y memoriales á las audiencias. Tiene algo del pilluelo de París por sus costumbres, y del tramposo por su destino. Este muchacho es casi siempre implacable, desenfrenado, indis-

ciplínable, decidor, chocarrero, ávido y perezoso. Sin embargo, casi todos los aprendices de pasante tienen una madre anciana que se alberga en un quinto piso y con la cual reparten los treinta ó cuarenta francos que ganan al mes.

—Si es un hombre, ¿por qué le llama usted moscardón? dijo Simonín con la actitud de un escolar que coge al maestro en un renuncio.

Y reanudó su operación de comer el pan y el queso, apoyando el hombro en el larguero de la ventana, pues permanecía de pie con una pierna cruzada y apoyada contra la otra sobre la punta del zapato.

—¿Cómo podríamos fastidiar á este tipo? dijo en voz baja el tercer pasante, llamado Godeschal, deteniéndose en medio de un informe que dictaba, teniendo á la vista un requerimiento compulsado por el cuarto pasante y cuyas copias habían hecho dos neófitos llegados de provincias: *...Pero en su noble y benévola complacencia, Su Majestad Luis XVIII (ponedlo en letra ¿eh?), en el momento en que volvió á tomar las riendas de su reino, comprendió... (¿qué habrá comprendido este farsante?) la elevada misión á que estaba llamado por la divina Providencia...* (admiración y seis puntos: en la audiencia son, á mi parecer, bastante religiosos para consentirlos), y su primer pensamiento fué, como lo prueba la fecha de la real orden adjunta, reparar los infortunios causados por los espantosos y tristes desastres de nuestros tiempos revolucionarios, restituyendo á sus fieles y numerosos servidores (esto de numerosos es una frase que ha de halagar al tribunal) todos los bienes no vendidos que se encontrasen, ya bajo el dominio público, ya bajo el dominio ordinario ó extraordinario de la corona, ya, en fin, que se encontrasen entre las donaciones de establecimientos públicos, pues nosotros somos ó pretendemos ser hábiles para sostener que tal es el espíritu y el sentido de la famosa y tan leal real orden dictada en... Esperen ustedes, dijo Godeschal á los tres pasantes. Este diablo de frase ha llenado el fin de la página. Pues bien, repuso mojándose con la lengua el dedo á fin de poder volver la espesa hoja del papel timbrado, si quieren ustedes gastarle una broma, díganle que el principal no puede recibir á sus clientes más que entre dos y tres de la madrugada. Veremos si así deja de venir ese importuno.

Y Godeschal reanudó la frase empezada.

—Dictada en... ¿Están ustedes? preguntó.

—Sí, gritaron los tres copistas.

Todo marchaba á la vez, el informe, la charla y la conspiración.

—Dictada en... ¡eh! ¡papá Boucard! ¿qué fecha lleva la real orden? ¡Canastos! ¡hay que poner los puntos sobre las íes! Así se llenan páginas.

—¡Canastos! repitió uno de los copistas antes de que Boucard hubiera respondido.

—¡Cómo! ¿ha escrito usted *canastos*? exclamó Godeschal mirando á uno de los recién llegados con aire severo al par que chocarrero.

—Vaya si lo ha puesto, dijo Desroches, el cuarto pasante, inclinándose sobre la copia de su vecino, ha escrito: *¡Canastos!* con k, y *hay que poner los puntos sobre las íes*.

Todos los pasantes soltaron una sonora carcajada.

—¡Cómo! señor Huré, ¿toma usted canastos por un término de derecho, y dice usted que es de Mortagne? exclamó Simonín.

—Raspe usted bien eso, dijo el primer pasante. Si el juez encargado de este asunto vieses una cosa semejante, diría que se burla uno del oficio, y nuestro principal se disgustaría. Vamos, señor Huré, no vuelva usted á cometer semejantes tonterías. Un normando no debe escribir nunca descuidadamente un informe, que es, por decirlo así, *el jarma al hombro!* de los curiales.

—Dictada en... ¿en? preguntó Godeschal. Pero, hombre, Boucard, dígame usted cuándo.

—En junio de 1814, respondió el primer pasante sin dejar su trabajo.

Un golpe dado á la puerta del estudio, interrumpió la frase de este prolijo informe. Cinco pasantes provistos de magníficos dientes, de ojos fijos y burlones y de melenudas cabezas, fijaron sus miradas en la puerta después de haber gritado todos con voz de chantre:

—¡Adelante!

Boucard permaneció con la cabeza sumida en un montón de actas, llamadas *morralla* en términos curiales, y continuó haciendo la memoria de costas que le ocupaba.

El estudio era una gran pieza, provista de la clásica estufa que adorna todas las oficinas de la trampa. Los tubos que formaban la chimenea, atravesaban diagonalmente la habitación é iban á unirse á una cocinilla condenada, sobre cuyo mármol se veían diversos pedazos de pan, triángulos de

queso de Brie, costillas de lomo, vasos, botellas y la jicara de chocolate del primer pasante. El olor de estos comestibles se amalgamaba tan bien con el tufo que despedía la estufa calentada desmedidamente y con el olor particular á las oficinas y á los papelotes, que la hediondez no se hubiera notado. El pavimento estaba ya cubierto por el barro y la nieve que habían llevado á él los pasantes. Cerca de la ventana se veía la mesa ministro del principal, á la cual estaba adosada la mesita destinada al segundo pasante. Éste se hallaba á la sazón, que serían las nueve ó las diez de la mañana, en la Audiencia. El estudio tenía, por todo adorno, esos grandes carteles amarillos que anuncian los embargos de inmuebles, las ventas, los litigios entre mayores y menores, las adjudicaciones definitivas ó preparatorias, toda la gloria, en fin, de los estudios. Detrás del primer pasante había una enorme estantería que cubría la pared de arriba abajo, y cada uno de cuyos compartimientos estaba lleno de protocolos, de los cuales pendía un número infinito de etiquetas y de cabos de hilo rojo, que daban un aspecto especial á todos aquellos expedientes. Los compartimientos inferiores de la estantería estaban llenos de cartones, amarillos por el uso, ribeteados de papel azul, y en los cuales se leían los nombres de los grandes clientes, cuyos sabrosos asuntos se resolvían en aquel momento. Los sucios cristales de la ventana dejaban pasar poca luz. Por otra parte, en París existen pocos estudios donde se pueda escribir sin el auxilio de una lámpara en el mes de febrero antes de las diez: todo el mundo va allí, nadie permanece, y ningún interés personal está unido á lo que ya de por sí es tan trivial; ni el procurador, ni los clientes, ni los pasantes se preocupan de la elegancia de un lugar que para los unos es una clase, para los otros un pasaje y para el amo un laboratorio. El grasiento mobiliario se trasmite de procurador en procurador, con un escrúpulo tan religioso, que ciertos estudios poseen aún cajitas para los pabilos, carpetas antiguas de pergamino y cubiertas que provienen de los procuradores del Chlet, abreviación de la palabra Chatelet, jurisdicción que representaba en el antiguo orden de cosas al actual tribunal de primera instancia. Este estudio, oscuro y lleno de polvo, tenía, pues, como todos los demás, algo de repugnante para todos los clientes, y que constituía una de las horribles monstruosidades parisienses. Ciertamente que si las húmedas sacristías don-

de las plegarias se pesan y se pagan como si fueran mercancías, y si los almacenes de trapos viejos, donde flotan harapos que marchitan todas las ilusiones de la vida, mostrándonos el sitio adonde van á parar nuestras galas; si estas dos cloacas de la poesía no existiesen, repito, un estudio de procurador sería el más horrible de los establecimientos sociales. Pero lo mismo que en estos sitios, ocurre en las casas de juego, en los tribunales, en las administraciones de lotería y en todos los malos lugares. ¿Por qué? Sin duda en estos sitios, el drama, desarrollándose en el alma del hombre, contribuye á hacerle los accesorios indiferentes. Esto mismo podría servir también para explicar la indiferencia en el vestir de los grandes pensadores y de los grandes ambiciosos.

—¿Dónde está mi cortaplumas?

—Ahora estoy almorzando.

—Vaya, ya me ha caído un borrón sobre el informe.

—¡Chitón! señores.

Estas diversas exclamaciones fueron lanzadas en el momento en que el anciano cliente cerraba la puerta con esa especie de humildad que caracteriza los movimientos del hombre desgraciado. El desconocido procuró sonreír, pero los músculos de su rostro permanecieron inmóviles cuando buscó en vano algunos síntomas de amabilidad en los rostros inexorablemente apáticos de los seis pasantes. Acostumbrado, sin duda, á juzgar á los hombres, se dirigió muy cortésmente al *saltacharcos*, esperando que aquel alfenique le respondería con dulzura.

—Señor, ¿se puede ver á su principal?

El malicioso *saltacharcos*, sólo respondió al pobre hombre dándole golpecitos en la oreja con los dedos de la mano izquierda, como para decir: «Soy sordo».

—¿Qué desea usted, caballero? preguntó Godeschal, el cual, al mismo tiempo que hacía esta pregunta, se llevaba á la boca un pedazo de pan, con el que se hubiera podido cargar una pieza de á cuatro, blandía su cuchillo y se cruzaba de piernas, poniendo á la altura de sus ojos el pie que tenía al aire.

—Señor mío, vengo aquí por segunda vez, le respondió el paciente. Deseo hablar al señor Derville.

—¿Para algún negocio?

—Sí, pero sólo puedo explicárselo á él.

—Nuestro principal está durmiendo; si desea usted con-

sultarle para algún asunto difícil, le advierto que sólo trabaja seriamente á las dos de la madrugada. Pero, si quiere usted decirnos lo que desea, podríamos tan bien como él...

El desconocido permaneció impasible y se puso á mirar modestamente en torno suyo, como el perro que, habiéndose introducido en una cocina extraña, teme recibir en ella algún golpe. Como consecuencia natural de su estado, los pasantes no tienen nunca miedo á los ladrones, no sospecharon, pues, del hombre del carrique, y le dejaron observar el local, donde buscaba en vano un sitio para descansar, pues estaba visiblemente fatigado. Por sistema ya, los procuradores dejan pocas sillas en sus estudios. El cliente vulgar, cansado de esperar de pie, se marcha gruñendo; pero nunca hace perder un tiempo que, según decía un viejo procurador, pasa de la marca.

—Caballero, respondió, yo he tenido el honor de advertirle que no podía explicar mis deseos más que al señor Derville. Esperaré, pues, á que se levante.

Boucard había acabado de hacer la adición, y sintió el olor del chocolate; dejó su poltrona, se encaminó á la chimenea, examinó de arriba abajo al anciano, contempló su carrique y acabó por hacer una mueca indescriptible. Probablemente pensó que por mucho que se hiciese, sería imposible sacar un céntimo á aquel hombre, é intervino en la conversación con el propósito de desembarazar á su principal de un mal cliente.

—Caballero, le dicen á usted la verdad. Nuestro principal no trabaja más que por la noche. Si el asunto que usted trae es grave, le aconsejo que vuelva á la una de la noche.

El litigante miró al primer pasante con aire estúpido y permaneció inmóvil durante un momento. Acostumbrados á todos los cambios de fisonomía y á los singulares caprichos producidos por la indecisión ó por la preocupación que caracteriza á las gentes pleitistas, los pasantes continuaron comiendo, haciendo tanto ruido con sus mandíbulas como el que deben hacer los caballos en el pesebre, y no se preocuparon más del anciano.

—Está bien, señor, vendré esta noche, dijo por fin el viejo, el cual, con esa tenacidad propia de los desgraciados, quería coger en renuncio á la humanidad.

El único epigrama permitido á la miseria es el de obligar

á la justicia y á la benevolencia á denegaciones injustas. Cuando los desgraciados se han convencido de la perversidad de la sociedad, se cobijan más vivamente en el seno de Dios.

—¡Vaya un tipo más célebre! dijo Simonín sin esperar á que el anciano hubiese cerrado la puerta.

—Tiene trazas de ser un desterrado, dijo uno de los pasantes.

—No, es algún coronel que reclamará atrasos, dijo el primer pasante.

—Pues yo creo que es algún antiguo portero, dijo Godeschal.

—¿Cuánto apostamos á que es noble? exclamó Boucard.

—Yo apuesto á que ha sido portero, replicó Godeschal; pues los porteros son los únicos seres dotados por la naturaleza de carriques usados, grasientos y deshilachados por abajo, como lo está el de ese buen hombre. ¿No se han fijado ustedes en sus botas rotas y en la corbata que le sirve de camisa? Estoy seguro que acostumbra á dormir debajo de los puentes.

—Muy bien podría ser noble y haber tirado del cordón, dijo Desroches. Eso lo hemos visto más de una vez.

—No, repuso Boucard en medio de la risa general, sostengo que ha sido cervecero en 1789 y coronel bajo la República.

—¡Ah! apuesto un espectáculo, para todo el mundo, á que no ha sido militar, dijo Godeschal.

—Aceptado, replicó Boucard.

—¡Caballero, caballero! gritó el aprendiz pasante abriendo la ventana.

—¿Qué haces, Simonín? preguntó Boucard.

—Le llamo para preguntarle si es coronel ó portero; él seguramente debe saberlo.

Todos los pasantes se pusieron á reír. Cuando el anciano subía ya la escalera, Godeschal dijo:

—¿Y qué vamos á decirle ahora?

—Dejadlo de mi cuenta, respondió Boucard.

El pobre hombre entró tímidamente, bajando los ojos, sin duda para no revelar su hambre mirando con demasiada avidez los comestibles.

—Caballero, le dijo Boucard, ¿quiere usted tener la amabilidad de decirnos su nombre, á fin de que el principal sepa si...?

—Chabert.

—¿El coronel muerto en Eylau? preguntó Huré, el cual, como no hubiese dicho nada aún, deseaba añadir alguna nueva burla á todas las demás.

—El mismo, señor mío, respondió aquel desgraciado con pasmosa sencillez.

Y se retiró.

—¡Uf!

—¡Diablo!

—¡Ah!

—¡Ah!

—¡Caramba!

—¡Ah! ¡el bribón!

—¡Anda, anda!

—Señor Desroches, irá usted al espectáculo de balde, dijo Huré al pasante cuarto, dándole en la espalda un puñetazo capaz de matar á un rinoceronte.

Aquello fué un torrente de risas, de gritos y de exclamaciones, para cuya pintura se podría emplear todas las onomatopeyas de la lengua.

—¿A qué teatro iremos?

—¡A la Ópera! exclamó el primer pasante.

—Ante todo, repuso Godeschal, he de advertir que aquí no se ha hablado de teatro, y, por lo tanto, si quiero, puedo llevarles á ustedes á casa de la señora Saqui.

—La señora Saqui no es un espectáculo, dijo Desroches.

—¿Pues qué es un espectáculo? dijo Godeschal. Establezcamos, en primer término, el objeto de la apuesta. Yo he apostado la entrada á un espectáculo. Ahora bien, ¿qué es un espectáculo? A mi modo de ver, es una cosa que se ve...

—Pero, según eso, usted podría librarse del compromiso llevándonos á ver cómo corre el agua por el Puente Nuevo, exclamó Simonín interrumpiéndole.

—Que se ve por dinero, dijo Godeschal continuando.

—Pero por dinero se ven muchas cosas que no son un espectáculo, dijo Desroches, y, por consiguiente, la definición no es exacta.

—¡Pero, escuchen ustedes, señores!

—Vaya, vaya, no está usted en lo cierto, querido mío, dijo Boucard.

—¿No es Curtius un espectáculo? preguntó Godeschal.

—No, respondió el primer pasante, es un gabinete de figuras.

—Apuesto cien francos contra cinco céntimos, dijo Godeschal, á que el gabinete de Curtius encierra un conjunto de cosas, al que puede llamarse espectáculo. Allí se pagan, por ver una cosa, diferentes precios, según los diferentes lugares que desea uno ocupar.

—Y cataplín, cataplán, dijo Simonín.

—Tú, ten cuidado que no te vaya yo á dar un cachete, dijo Godeschal.

Los pasantes se encogieron de hombros.

—Y después de todo, aun no está probado que ese imbécil no se haya burlado de nosotros, dijo Godeschal cesando en sus argumentos, ahogados por la risa de los demás pasantes. En conciencia, el coronel Chabert está bien muerto, y su mujer se ha vuelto á casar con el conde Ferraud, consejero de Estado. La condesa Ferraud es una cliente de nuestro estudio.

—La apuesta queda aplazada para mañana, dijo Boucard. A trabajar, señores. ¡Por vida de...! se pasa aquí el tiempo sin hacer nada. Acaben ustedes ese informe, que tiene que presentarse hoy en la Audiencia. ¡Vamos, á escape!

—Si ese señor fuese el coronel Chabert, ¿acaso no hubiera puesto la punta de su zapato en el trasero de ese desvergonzado Simonín cuando se ha atrevido á hacer el sordo? dijo Huré considerando esta observación como más concluyente que la de Godeschal.

—Puesto que aún no está decidida la apuesta, dijo Boucard, convengamos en apostar un palco segundo en los Franceses para ver á Talma en *Nerón*. Simonín irá al paraíso.

Y, dicho esto, el primer pasante se sentó á su mesa, y todo el mundo le imitó.

—*Dado en junio de mil ochocientos catorce.* (En letra, dijo Godeschal, ¿estamos?)

—Sí, respondieron los tres copistas, cuyas plumas empezaron á arañar el papel timbrado, haciendo en el estudio el ruido de cien saltones encerrados por escolares en cucuruchos de papel.

—*Y esperamos que los señores que componen el tribunal,* dijo el improvisador. ¡Alto! tengo que volver á leer la frase; porque yo no me entiendo á mí mismo.

—Cuarenta y seis... ¡Oh! eso le tiene que ocurrir á usted con frecuencia... y tres, cuarenta y nueve, dijo Boucard.

—*Esperamos*, repuso Godeschal después de haberlo leído todo, *que los señores que componen el tribunal no han de ser menos grandes de lo que lo es el augusto autor de la real orden, y que harán justicia á las miserables pretensiones de la administración de la gran cancillería de la Legión de honor, fijando la jurisprudencia en el sentido amplio que nosotros establecemos aquí.*

—Señor Godeschal, ¿quiere usted un vaso de agua? dijo el aprendiz.

—¡Este pillastre de Simonín! dijo Boucard. Toma, para las piernas, toma este paquete y lárgate á los Inválidos.

—*Que nosotros establecemos aquí*, repuso Godeschal. Y añadió: *en interés de la señora (con todas sus letras) vizcondesa de Grandlieu...*

—¡Cómo! exclamó el primer pasante, ¿se permite usted emitir informes en ese asunto? ¿Vizcondesa de Grandlieu contra la Legión de honor, un asunto que corre por cuenta de este estudio y que se puede cobrar á destajo? ¡Ah! es usted un gran estúpido. Hágame el favor de poner esas copias y la minuta á un lado, y déjeme usted eso para cuando se trate del asunto Navarreins contra los hospicios. Es tarde ya, y yo tengo que hacer en la Audiencia.

Esta escena representa uno de los mil placeres, que más tarde le hacen á uno decir, pensando en la juventud: ¡Qué hermosos tiempos aquellos!

A la una de la noche, el pretendido coronel Chabert fué á llamar á la puerta del señor Derville, procurador del tribunal de primera instancia en el departamento del Sena. El portero le respondió que el señor Derville no había vuelto aún. El anciano alegó la cita que tenía, y subió á casa de este célebre legista, el cual, á pesar de sus pocos años, pasaba por ser una de las cabezas mejor organizadas de la Audiencia. Después de haber llamado, el desconfiado solicitante no quedó poco asombrado al ver al primer pasante ocupado en colocar en la mesa del comedor de su principal los numerosos protocolos de los asuntos que habían de verse al día siguiente, en orden á su utilidad. El pasante, no menos asombrado, saludó al coronel rogándole que se sentase, lo cual hizo éste en seguida.

—Caballero, en verdad que creí que se burlaban ustedes de mí, al indicarme una hora tan tardía para una consulta,

dijo el anciano con la falsa alegría del hombre arruinado que se esfuerza por sonreír.

—Los pasantes se burlaban, y al mismo tiempo decían la verdad, dijo el señor Boucard continuando su trabajo. El señor Derville ha escogido esta hora para examinar las causas, resumir los medios, determinar la conducta que debe seguirse y disponer las defensas. Su prodigiosa inteligencia está más libre en este momento, único en que obtiene el silencio y la tranquilidad necesaria para la concepción de buenas ideas. Desde que es procurador, usted es el tercer ejemplo de una consulta dada á esta hora nocturna. Después que vuelva, el señor Derville discutirá cada asunto, lo leerá todo, pasará acaso cuatro ó cinco horas en su labor, y después me llamará y me indicará sus intenciones. Por la mañana, de diez á dos, oye á sus clientes, y el resto del tiempo lo emplea en sus citas. Por la noche va á los salones para no perder sus buenas relaciones. De modo que no le queda más que la noche para estudiar los procesos, registrar los arsenales del código y hacer los planes de batalla. No quiere perder ninguna causa, trabaja su arte con amor y no se encarga, como sus colegas, de toda clase de asuntos. He ahí su vida, que es extraordinariamente activa. Bien es verdad que gana mucho dinero.

Mientras oía esta conversación, el anciano permaneció silencioso, y su extraño rostro tomó una expresión tan desprovista de inteligencia, que el pasante, después de haberle mirado, no se ocupó más de él.

Algunos instantes después, Derville entraba en su casa, vestido en traje de baile; su primer pasante le abrió la puerta y se puso á acabar de hacer la clasificación de los protocolos. El joven procurador permaneció durante un momento estupefacto al entrever en medio del claroscuro de su despacho al singular cliente que le esperaba. El coronel Chabert estaba tan inmóvil como puede estar una figura de cera del gabinete de Curtius adonde Godeschal había querido llevar á sus compañeros. Aquella inmovilidad, sin duda no hubiera servido de objeto de asombro, si no contribuyese á completar el espectáculo sobrenatural que ofrecía el conjunto del personaje. El veterano era seco y delgado. Su frente, voluntariamente escondida bajo los cabellos de su peluca, le daba un no sé qué de misterioso. Sus ojos parecían cubiertos por una gasa transparente y parecían algo así como

nácar sucio, cuyos azulados reflejos tornasolaban el resplandor de las bujías. Su rostro, pálido, lívido y brillante, parecía muerto. Su cuello estaba cubierto por una mala corbata de seda negra. La sombra ocultaba tan bien el cuerpo á partir de la línea negruzca que describía aquel andrajo, que un hombre de imaginación hubiera podido tomar aquella vieja cabeza por alguna silueta debida á la casualidad ó por un retrato de Rembrandt sin marco. Las alas del sombrero que cubría la cabeza del anciano proyectaban una densa sombra sobre la parte superior de su rostro. Aquel extraño efecto, aunque natural, hacía resaltar por la extravagancia del contraste, las arrugas blancas, las frías sinuosidades y la falta de colorido de aquella fisonomía cadavérica. Finalmente, la ausencia de todo movimiento en el cuerpo y de todo color en la mirada, armonizada perfectamente con una cierta expresión de triste demencia, y con los degradantes síntomas por los cuales se caracteriza el idiotismo, llegaba á dar á aquel rostro un no sé qué de funesto, que ninguna palabra humana podría expresar. Pero un observador, y sobre todo un procurador, hubiera encontrado además en aquel hombre anonadado los síntomas de un dolor profundo, los indicios de una miseria que había degradado á aquel rostro, como las gotas de agua caídas del cielo acaban por desfigurar á la larga una hermosa escultura de mármol. Un médico, un autor, un magistrado, hubiesen presentado todo un drama, presenciando aquel sublime horror cuyo menor mérito estaba en parecerse á esos caprichos que los pintores se entretienen en dibujar, en la parte baja de sus piedras litográficas, al mismo tiempo que charlan con sus amigos.

Al ver al procurador, el desconocido se estremeció é hizo un movimiento convulsivo semejante al que se le escapa á los poetas cuando un ruido inesperado va á turbar un profundo sueño en medio del silencio y de la noche. El anciano se apresuró á descubrirse y se levantó para saludar al joven, y como el cuero que rodeaba el interior de su sombrero estuviese sin duda muy grasiento, la peluca quedó pegada á él, sin que el interesado se apercibiese de ello, y dejó ver su calvo cráneo horriblemente mutilado por una cicatriz transversal que, desde el occipucio, iba á morir al ojo derecho, formando en todo su trayecto un profundo surco. Tan asombrosa era la vista de aquel cráneo hendido, que el levantamiento repentino de aquella peluca sucia, que el pobre hom-

bre llevaba para ocultar su herida, no dió al procurador y á su pasante deseo alguno de reir. El primer pensamiento que sugería la presencia de aquella herida, era este: «Por ahí ha huido la inteligencia.»

—Si no es el coronel Chabert, debe ser algún célebre veterano, pensó Boucard.

—Caballero, le dijo Derville, ¿á quién tengo el honor de hablar?

—Al coronel Chabert.

—¿A cuál?

—Al que murió en Eylau, respondió el anciano.

Al oír esta singular frase, el procurador y su pasante se dirigieron una mirada que significaba: «¡Es un loco!»

—Caballero, repuso el coronel, desearía confiar á usted solo el secreto de mi situación.

Una cosa digna de notarse es la intrepidez propia de los procuradores. Sea la costumbre de recibir á un gran número de personas, sea la profunda convicción que tienen de la protección que les conceden las leyes, ó sea la confianza en su ministerio, es lo cierto que van á todas partes sin temer nada, como los sacerdotes y los médicos. Derville hizo una seña á Boucard, el cual desapareció.

—Caballero, repuso el procurador, durante el día no siento gran cosa perder el tiempo, pero en medio de la noche, los minutos son para mí cosa preciosa; así es que sea usted breve y conciso. Vaya usted al grano sin rodeos. Yo mismo le pediré á usted los datos que me parezcan necesarios. Diga usted.

Después de haberle hecho tomar asiento á su singular cliente, el joven Derville se sentó á la mesa; pero al mismo tiempo que prestaba atención á las palabras del difunto coronel, ojeaba los protocolos.

—Caballero, dijo el difunto, sin duda sabe usted que yo he mandado un regimiento de caballería en Eylau. Yo contribuí con mucho al éxito de la célebre carga que hizo Murat, carga que decidió la victoria. Desgraciadamente para mí, mi muerte es un hecho histórico, consignado en las *Victorias y Conquistas*, donde se hace un detallado relato del mismo. Nosotros dividimos en dos las tres líneas rusas que, como se hubiesen cerrado inmediatamente, nos obligaron á atravesarlas en sentido contrario. En el momento en que íbamos á unirnos al emperador, después de haber dispersado

á los rusos, me encontré con un cuerpo de caballería enemiga y me precipité valerosamente sobre él. Dos oficiales rusos, dos verdaderos gigantes, me atacaron á la vez. Uno de ellos me aplicó un sablazo, que partió en dos un gorro de seda negra que tenía en la cabeza, abriéndome profundamente el cráneo. Yo caí del caballo. Murat vino en mi auxilio, con toda su gente, que eran mil quinientos hombres poco más ó menos. Mi muerte fué anunciada al emperador, el cual, por prudencia (y porque me quería un poco), quiso saber si no había alguna probabilidad de salvar al hombre á quien debía aquel vigoroso ataque, y envió, para que me reconociesen y trasladasen á las ambulancias, á dos cirujanos, diciéndoles, sin duda con alguna indiferencia, porque tendría mucho que hacer: «Vayan ustedes á ver si vive aún por casualidad mi pobre Chabert.» Aquellos matarifes, que acababan de verme pisoteado por los caballos de dos regimientos, no se tomaron la molestia de tomarme el pulso, dijeron que yo estaba bien muerto, y mi acta de defunción fué, pues, probablemente extendida, siguiendo las reglas establecidas por la jurisprudencia militar.

Al oír á su cliente expresarse con una lucidez perfecta y contar hechos tan verosímiles, aunque extraños, el joven procurador dejó sus protocolos, colocó el codo sobre la mesa y la mano en la mejilla, y miró al coronel fijamente.

—Caballero, ¿sabe usted, le dijo interrumpiéndole, que soy el procurador de la condesa Ferraud, viuda del coronel Chabert?

—¡Mi mujer! Sí, señor. Y por eso, después de cien pasos infructuosos dados en casa de ciertos curiales, que me han tomado por un loco, me he determinado á venir á verle. Más tarde le hablaré á usted de mis desgracias. Ahora, déjeme usted contar los hechos, ó, mejor dicho, explicarle, más bien que el modo como han ocurrido, el modo como han debido ocurrir. Ciertas circunstancias, que sólo deben ser conocidas del Padre eterno, me obligan á exponerlas como meras hipótesis. A mi entender, caballero, las heridas que recibí debieron probablemente producir un tétanos ó una crisis análoga á una enfermedad que se llama catalepsia. De otro modo, ¿cómo concebir que yo haya sido despojado de mis trajes, como acostumbra á hacerse en la guerra, y que haya sido arrojado á las fosas de los soldados por las gentes encargadas de enterrar á los muertos? Antes de pasar ade-

lante, permítame que le explique un detalle que yo no pude comprender hasta después de ocurrir un acontecimiento, que bien puede llamarse mi muerte. En 1814 encontré en Stuttgart á un antiguo sargento mayor de mi regimiento. Este buen hombre, único que ha querido reconocermé y de quien hablaré á usted en seguida, me explicó el fenómeno de mi conservación, diciéndome que mi caballo había recibido un balazo en uno de los flancos en el momento en que yo mismo fui herido. La bestia y el caballero cayeron, pues, como si fueran dos muñecos de madera. Al caer, bien hacia el lado derecho, ó bien hacia el izquierdo, quedé sin duda cubierto por el cuerpo de mi caballo, el cual me libró de ser aplastado por los caballos y de ser herido por los balazos. Cuando volví en mí, señor, yo estaba en una posición y en una atmósfera de la que no podría darle idea aunque estuviese hablando hasta mañana. El poco aire que respiraba era mefítico. Quise moverme y me encontré sin espacio para ello; al abrir los ojos no vi nada. El enrarecimiento del aire fué el accidente más amenazador y que más me iluminó acerca de mi situación: comprendí que en el lugar en que estaba no se renovaba el aire y que iba á morir. Este pensamiento me quitó el sentimiento del dolor inexplicable por el cual había sido despertado. Mis oídos zumbaron violentamente, oí, ó creí oír (pues no me atrevo á afirmar nada), gemidos lanzados por el montón de cadáveres en medio del cual yacía. Aunque la memoria de aquellos momentos sea muy tenebrosa, aunque mis recuerdos sean muy confusos, á pesar de las impresiones de los sufrimientos aun más profundos que yo debía experimentar y que han embrollado mis ideas, hay noches en que creo aún oír aquellos ahogados suspiros. Pero hubo aún allí algo más horrible que los gritos, y fué un silencio que yo no he encontrado nunca en ninguna parte; el verdadero silencio de una tumba. En fin, levantando las manos, tentando los muertos, reconocí un vacío entre mi cabeza y la masa humana de cadáveres que me cubría, y así pude medir el espacio que me había quedado para respirar, espacio debido á una casualidad cuya causa me era desconocida. Al parecer, gracias á la indiferencia ó á la precipitación con que se nos había arrojado en confusión, dos muertos se habían cruzado encima de mí, formando un ángulo semejante al que forman dos cartas apoyadas una contra otra por un nifio, para formar los cimientos de un

castillo. Huroneando con prontitud, pues no tenía tiempo que perder, tuve la fortuna de encontrar un brazo suelto, el brazo de un hércules, un magnífico hueso al que debí mi salvación. Sin aquel inesperado auxilio, hubiese perecido. Con una rabia, que usted debe concebir, empecé á trabajar y á quitarme de encima los cadáveres que me separaban de la capa de tierra que, sin duda, habían arrojado sobre nosotros, y digo nosotros, como si hubiera habido allí más vivos que yo. Caballero, ya comprenderá usted que anduve listo, pues me ve aquí; pero yo mismo no comprendo hoy cómo pude atravesar aquel montón de carne que ponía una barrera entre la vida y yo. Me dirá usted que tenía tres brazos. Es verdad: aquella palanca de que yo me servía con habilidad, me procuraba siempre un poco de aire y de descanso. En fin, por último, llegué á ver el día, pero á través de la nieve, señor. En aquel momento me apercibí de que tenía la cabeza abierta. Por fortuna, mi sangre, la de mis camaradas, ó la de mi caballo acaso ¿quién sabe?, coagulándose, me había recubierto de una especie de capa natural. A pesar de esto, cuando mi cráneo estuvo en contacto con la nieve, me desmayé. Sin embargo, el poco calor que me quedaba fundió la nieve en torno mío, y cuando recobré el conocimiento me encontré en el centro de una pequeña abertura por la cual grité con todas mis fuerzas. Pero en aquel momento el sol empezaba á levantarse y tenía muy pocas probabilidades de ser oído. ¿Habría ya gente en los campos? Apoyando los pies en los cadáveres, me levanté cuanto pude; fácilmente comprenderá usted que no era aquel momento oportuno para pensar: «Respeto el valor desgraciado.» En una palabra, caballero, después de haber experimentado el dolor, ó, mejor dicho, la rabia de ver que durante mucho tiempo, ¡oh! sí, ¡mucho tiempo! aquellos malditos alemanes se escapaban al oír una voz donde no veían hombre alguno, fui por fin auxiliado por una mujer, bastante atrevida ó bastante curiosa para aproximarse á mi cabeza, que parecía haber brotado de tierra como un hongo. Aquella mujer fué á buscar á su marido, y ambos me transportaron á su pobre barraca. Al parecer, tuve una recaída de catalepsia (permítame usted que emplee esta frasa para describirle mi estado del cual no tengo idea alguna, pero que, por lo que me dijeron mis salvadores, deduzco yo que debía ser efecto de esta enfermedad). Permanecí durante

seis meses entre la vida y la muerte, sin hablar, y desvariando cuando hablaba. Por fin, mis salvadores lograron que fuese admitido en el hospital de Heilsberg. Ya comprenderá usted, caballero, que yo había salido del vientre de la fosa tan desnudo como del de mi madre; de manera que, seis meses después, cuando, durante una hermosa mañana, me acordé que había sido el coronel Chabert, y, al recobrar la razón, quise que mis guardianes me trataran con más respeto del que se dispensa á un pobre diablo, todos mis compañeros de sala se echaron á reír. Afortunadamente para mí, el cirujano, por amor propio, había respondido de mi curación, y, como es natural, se había interesado por su enfermo. Cuando le hablé, de una manera seguida, de mi antigua existencia, aquel buen hombre, llamado Sparchmann, hizo constar, en las formas jurídicas exigidas por el derecho del país, la manera milagrosa como yo había salido de la fosa de los muertos, el día y la hora en que yo había sido encontrado por mi salvadora y por su marido y el género y la posición exacta de mis heridas, uniendo á estas diferentes declaraciones una descripción de mi persona. Ahora bien, caballero, yo no tengo en mi poder, ni esos importantes documentos, ni la declaración que presté ante un notario de Heilsberg, encaminado á probar mi identidad, y desde el día en que fui arrojado de aquella ciudad por los acontecimientos de la guerra, he errado constantemente como un vagamundo, mendigando mi sustento, siendo tratado de loco cuando contaba mi aventura, y sin haber encontrado ni ganado un céntimo para procurarme los documentos que podían probar mis asertos y darme entrada en la vida social. Frecuentemente, mis dolores me retenían durante semestres enteros en las aldeas donde se prodigaban cuidados al francés enfermo, pero en donde se reían en las narices del hombre, tan pronto como pretendía ser el coronel Chabert. Durante mucho tiempo, esta risa y aquellas risas me enfurecieron de un modo, que me perjudicó grandemente y contribuyó á que me encerrasen como loco en Stutgard. A decir verdad, y después de haber oído mi relato, no me negará usted que había razones suficientes para enfurecer á cualquier hombre. Después de dos años de detención, que me vi obligado á sufrir, y después de haber oído mil veces que mis guardianes decían: «¡He ahí un pobre hombre que cree ser el coronel Chabert!» y á gentes que le contestaban: «¡Pobre hombre!» quedé convencido de

la imposibilidad de mi propia aventura; me volví triste, resignado y tranquilo, y renuncié á decirme el coronel Chabert, á fin de poder salir de la prisión y de volver á Francia. ¡Oh! caballero, ¡volver á ver París! era un delirio que... no...

Y esto diciendo, el coronel Chabert cayó en una especie de profunda meditación que Derville respetó.

—Por fin, señor, un día, repuso el cliente, un hermoso día de primavera, me pusieron en libertad y me dieron dinero, fundándose en que hablaba con gran sensatez de cuanto se me preguntaba y de que ya no me titulaba el coronel Chabert, y á fe que en aquella época, y aun hoy, hay momentos en que mi propio nombre me es desagradable. Quisiera no ser yo mismo. El convencimiento de mis derechos me mata. Si mi enfermedad me hubiese quitado todo recuerdo de mi existencia pasada, hubiese sido feliz, hubiese sentado plaza de soldado con un nombre cualquiera, y ¡quién sabe! acaso hubiese llegado á ser mariscal en Austria ó en Rusia.

—Señor, dijo el procurador, ha ofuscado usted todas mis ideas. Escuchándole á usted creo estar soñando. Por favor, detengámonos un momento.

—Usted es la única persona que me ha escuchado pacientemente, dijo el coronel con aire melancólico. Ningún hombre ha querido anticiparme diez napoleones á fin de hacer venir de Alemania los papeles necesarios para empezar el proceso.

—¿Qué proceso? dijo el procurador, que olvidaba la dolorosa situación de su cliente, escuchando el relato de sus miserias pasadas.

—Pero, señor mío, ¿no es la condesa Ferraud mi mujer? Ella posee treinta mil francos de renta que me pertenecen, y se niega á darme un céntimo. Cuando cuento estas cosas á procuradores, á hombres de buen criterio; cuando yo, pobre mendigo, les propongo un pleito contra un conde y una condesa; cuando yo, muerto, me levanto contra una acta de defunción, una acta de matrimonio y unas actas de nacimiento, me despiden, según su carácter, ya con ese aire fríamente cortés, que ustedes saben afectar para desembarzarse de un desgraciado, ó ya brutalmente, creyendo ver en mí un intrigante ó un loco. Yo he estado enterrado bajo muertos; pero ahora lo estoy bajo vivos, bajo actas, bajo hechos, bajo la sociedad entera, que se empeña en sepultarme.

—Caballero, tenga usted ahora la bondad de proseguir, dijo el procurador.

—¡Que tenga la bondad! exclamó el desgraciado anciano tomando las manos del joven, esta es la primera palabra cariñosa que oigo desde hace ya...

El coronel lloró. El agradecimiento ahogó su voz. Esa penetrante é indecible elocuencia que se ve en la mirada, en el gesto y en el silencio mismo, acabó de convencer á Derville y le conmovió vivamente.

—Escuche usted, señor, dijo Derville á su cliente. Esta noche he ganado trescientos francos al juego, y bien puedo emplear la mitad de esta suma para contribuir á la felicidad de un hombre. Empezaré á hacer las diligencias necesarias para procurarle los documentos de que habla, y hasta tanto que éstos lleguen, yo le pasaré á usted cinco francos diarios. Si es usted, en realidad, el coronel Chabert, perdone lo módico del préstamo, en atención á que proviene de un joven que carece aún de fortuna. Prosigá.

El pretendido coronel permaneció, durante un momento, inmóvil y estupefacto: sin duda su extrema desgracia había destruído sus creencias. Si corría detrás de su grado militar, detrás de su fortuna, detrás de sí mismo, sin duda lo hacía obedeciendo á ese sentimiento inexplicable, latente en el corazón de todos los hombres, sentimiento al que se deben las investigaciones de los alquimistas, la pasión de la gloria, los descubrimientos de la astronomía, de la física, de la química, todo lo que empuja al hombre á engrandecerse multiplicándose mediante los hechos ó las ideas. El *ego*, en su pensamiento, sólo era ya un objeto secundario, del mismo modo que la vanidad del triunfo ó el placer de la ganancia, pasan á ser más apreciables para el apostador que el objeto mismo de la apuesta. Las palabras del joven procurador fueron, pues, una especie de milagro para aquel hombre, rechazado durante diez años por su mujer, por la justicia, por la creación social entera. ¡Encontrar en casa de un procurador aquellas diez monedas de oro que le habían sido negadas durante tanto tiempo, por tantas personas y de tantas maneras! El coronel se parecía á aquella dama que, habiendo tenido fiebre durante quince años, creyó haber cambiado de enfermedad el día que estuvo curada. Existen felicidades en las que nunca es posible creer. Por eso, el reconocimiento de aquel pobre hombre era demasiado vivo para que pudiese

expresarlo. A gente vulgar le hubiera parecido frío; pero Derville adivinó toda una probidad en aquel estupor. Un bribón no hubiera permanecido mudo.

—¿Dónde estaba? dijo el coronel con la sencillez de un niño ó de un soldado, pues casi siempre hay algo del niño en el soldado, y algo del soldado en el niño, sobre todo en Francia.

—En Stutgard. Salía usted de la cárcel, respondió el procurador.

—¿Conoce usted á mi mujer? preguntó coronel.

—Sí, replicó Derville inclinando la cabeza.

—¿Y cómo está?

—Siempre encantadora.

El anciano hizo una seña con la mano y pareció devorar algún secreto dolor, con esa resignación grave y solemne de los hombres avezados á la sangre ó al fuego de los campos de batalla.

—Señor, dijo aquel desgraciado con una especie de alegría, pues el pobre coronel respiraba ya, saltó por segunda vez de la tumba, acababa de fundir una capa de nieve menos soluble que la que antaño le había helado la cabeza, y aspiraba el aire como si saliese de un calabozo. Señor, repitió, si yo hubiese sido un mozo guapo, no me hubiera ocurrido ninguna de las desgracias que me han sucedido. Las mujeres creen á los hombres cuando éstos adornan sus frases con la palabra amor. Entonces, corren, vuelan, se centuplican, intrigan, afirman los hechos y hacen milagros por aquel que les agrada. ¿Pero cómo había yo de interesar á una mujer? Tenía el rostro estropeado, iba vestido como un descamisado, y yo, que en 1799 pasaba por el más elegante de los petimetres, yo, Chabert, conde del Imperio, parecía más bien un esquimal que un francés. En fin, el día en que me arrojaron á la calle como á un perro, encontré al sargento mayor de quien le hablé á usted antes. Estecamarada se llamaba Boutin. Aquel pobre diablo y yo hacíamos la más hermosa pareja que jamás haya podido verse. Le vi en un paseo, y si yo le reconocí, á él le fué imposible adivinar quién era yo. Nos fuimos juntos á una taberna. Allí, cuando yo dije quién era, la boca de Boutin se abrió para soltar la más sonora carcajada. Señor, le aseguro que aquella alegría me causó una de las penas mayores de mi vida, porque me reveló con claridad los cambios que debían haberse operado

en mí. De modo, que estaba desfigurado hasta para los ojos más humildes y del más agradecido de mis amigos. En otro tiempo, yo había salvado la vida á Boutin, con lo cual no hice más que pagarle una deuda. No le diré á usted cómo me hizo este favor. La escena tuvo lugar en Italia, en Ravenne. La casa en que Boutin impidió que yo fuese apuñalado era una casa poco decente. En aquella época yo no era coronel; era simple particular, como Boutin. Por fortuna, esta historia encerraba detalles que sólo podían ser conocidos por nosotros; y, cuando se lo recordé, su incredulidad disminuyó. Después le conté los accidentes de mi extraña existencia. Aunque mis ojos y mi voz se hubiesen alterado extraordinariamente, según me dijo, y aunque no tenía ni cabellos, ni dientes, ni cejas y estuviese blanco como un albino, acabó por reconocer á su coronel en el mendigo, después de mil preguntas á las que contesté satisfactoriamente. Me contó sus aventuras, que no eran menos extraordinarias que las mías: venía de los confines de la China, adonde había querido ir después de haberse escapado de Siberia. Me comunicó los desastres de la campaña de Rusia y la primera abdicación de Napoleón. Esta noticia fué una de las cosas que más me afectaron. Eramos dos despojos curiosos después de haber rodado por el globo como ruedan por el Océano los guijarros, llevados por las tempestades de una orilla á otra. Entre los dos habíamos visto Egipto, Suiza, España, Rusia, Holanda, Alemania, Italia, Dalmacia, Inglaterra, China, Tartaria y Siberia; ya no nos faltaba más que haber ido á las Indias y á América, para recorrer el mundo entero. En fin, como esuviese más ágil que yo, Boutin se encargó de ir á París lo más aprisa posible, á fin de comunicar á mi mujer el estado en que me encontraba. Escribí á la señora Chabert una carta muy detallada. Era la cuarta, caballero. Si yo hubiera tenido parientes, no hubiera ocurrido todo esto; pero he de confesarle, que yo soy expósito, soldado que tuvo por patrimonio su valor, por familia todo el mundo, por patria Francia, y por único protector el buen Dios. Me engaño, tenía un padre, el emperador. ¡Ah! si él estuviese en el poder y viese á *su Chabert*, como él decía, en el estado en que me encuentro, seguramente que se encolerizaría. ¡Qué le hemos de hacer! nuestro sol se ha puesto, y ahora todos sentimos frío. Después de todo, los acontecimientos políticos podían justificar el silencio de mi

mujer. Boutín partió. ¡Qué feliz era él, que contaba con dos ágiles piernas para marchar! Yo no podía acompañarle, porque mis dolores no me permitían hacer largos viajes. Señor, cuando nos separamos, lloré, después de haberle acompañado todo el tiempo que mi estado permitió. En Carlsruhe tuve un acceso de neuralgia á la cabeza y permanecí seis semanas tumbado sobre un montón de paja en una posada. Si fuera á contarle todas las desgracias de mi vida de mendigo, no acabaría nunca. Los sufrimientos morales, junto á los cuales palidecían los sufrimientos físicos, excitan, sin embargo, menos piedad, porque no se ven. Me acuerdo de haber llorado delante de mi palacio de Strasburgo, donde yo habia dado en otro tiempo una fiesta, y donde no obtuve nada, ni siquiera un pedazo de pan. Habiendo determinado de acuerdo con Boutín el itinerario que yo habia de seguir, iba á todas las administraciones de correos á preguntar si habia alguna carta que trajese dinero para mí. Por fin llegué á París sin haber encontrado nada. ¡Cuánta desesperación tuve que devorar! Boutín habra muerto, me decía. En efecto, el pobre diablo habia sucumbido en Waterloo, como supe más tarde por casualidad. Su misión al lado de mi mujer habia sido infructuosa. Entré en París al mismo tiempo que los cosacos. Mi ruta era dolor sobre dolor. Al ver á los rusos en Francia, ya no pensé en que no tenía zapatos en los pies, ni dinero en el bolsillo, y que mis vestidos no eran más que andrajos. La víspera de mi llegada me vi obligado á vivaquear en el bosque de Claye. El fresco de la noche me causó sin duda un acceso de no sé qué enfermedad, que me atacó cuando atravesaba el arrabal Saint-Martin. Caí casi desmayado en la puerta de un ferretero, y cuando desperté me hallé en una cama del hospital. Allí me pasé un mes bastante felizmente. Sin embargo, no tardé en ser despedido; y sin dinero, pero sano, me encontré en las calles de París. ¡Con qué alegría y con qué rapidez me trasladé á la calle de Mont-Blanc, donde mi mujer debia albergarse en mi propio palacio! Pero ¡ay! la calle de Mont-Blanc habia pasado á ser la de Chaussée-d'Antin, y mi palacio no existia ya: habia sido vendido y demolido. Unos especuladores habian construido varias casas en mis jardines, y como yo ignoraba que mi mujer se hubiese casado con Ferraud, no pude obtener de ella noticia alguna. Por fin, me fuí á casa de un anciano abogado que en otro tiempo era el encargado de mis

negocios; pero el buen hombre habia muerto después de haber cedido su clientela á un joven. Este me comunicó, con gran asombro mío, la liquidación de mis bienes, el casamiento de mi mujer y el nacimiento de sus dos hijos. Cuando le dije que era el coronel Chabert, se echó á reir tan francamente, que le dejé sin hacer la menor observación. Mi detención en Stutgard me hizo pensar en el manicomio y resolví obrar con prudencia. Entonces, habiendo averiguado el sitio en que vivia mi mujer, me encaminé á su palacio, con el corazón lleno de esperanza. Mas ¡ay! dijo el coronel con un movimiento de concentrada rabia, no logré ser recibido cuando me anuncié con un nombre postizo, y el día en que lo hice con el mío propio, fui arrojado á la calle. Para ver á la condesa cuando volvía del baile ó del teatro al amanecer, permanecí durante noches enteras pegado al quicio de su puerta cochera. Mi mirada escudriñaba el interior de aquel coche que pasaba ante mis ojos con la rapidez del rayo, y donde entreveía apenas á aquella mujer, que es mía, y que, sin embargo, no me pertenece. ¡Oh! ¡desde aquel día, sólo he vivido para la venganza! exclamó el anciano con voz sorda irguiéndose de pronto ante Derville. Ella sabe que existo, y desde mi vuelta ha recibido ya dos cartas escritas de mi puño y letra. Me debe su fortuna y su dicha, y, sin embargo, no me ha enviado el más mínimo recurso. Hay momentos en que yo no sé lo que hacer, ni lo que va á ser de mí.

Dichas estas palabras, el veterano se dejó caer en la silla y permaneció inmóvil. Derville se mantuvo silencioso ocupado en contemplar á su cliente, y por fin, acabó por decir maquinalmente:

—El asunto es grave, y aun admitiendo la autenticidad de los documentos que deben encontrarse en Heilsberg, no podemos decir que triunfaremos. El proceso pasará sucesivamente ante tres tribunales. Es preciso, pues, reflexionar maduramente esta causa, que es completamente excepcional.

—¡Oh! respondió fríamente el coronel levantando la cabeza arrogantemente, si sucumbo, sabré morir, pero acompañado.

Esto diciendo, aquel hombre ya no parecia anciano. Los ojos del varón enérgico brillaban iluminados por el fuego del deseo y de la venganza.

—Acaso sea preciso transigir, dijo el procurador.

—¡Transigir! repitió el coronel Chabert. Pero, vamos á ver, ¿estoy muerto ó vivo?

—Caballero, repuso el procurador, espero que seguirá usted mis consejos. Su causa será la mía. Bien pronto echará usted de ver el interés que me inspira su situación, casi sin ejemplo en los actos jurídicos. Entre tanto, voy á darle una carta para mi notario, el cual le entregará á usted cincuenta francos cada diez días, pues no creo conveniente que venga usted aquí á buscar socorro. Si es usted el coronel Chabert, debe procurar no estar al alcance de nadie. Yo daré á mis anticipos la forma de un préstamo, pues usted tiene bienes que recobrar, usted es rico.

Esta última delicadeza arrancó lágrimas al anciano, y como, sin duda, no es costumbre que un procurador parezca conmovido, Derville se levantó bruscamente y se fué á su despacho, donde volvió á poco con una carta abierta que entregó al conde Chabert. Cuando el pobre hombre la tuvo entre sus manos, sintió dos monedas de oro á través del papel.

—¿Quiere usted designarme los documentos y darme el nombre de la ciudad y el reino adonde hay que pedirlos? dijo Derville.

El coronel dictó los informes necesarios, mirando antes si estaban bien escritos los nombres de los lugares, y después tomó el sombrero en una mano, miró á Derville, le tendió la otra mano, mano callosa, y le dijo con sencillez:

—Caballero, indudablemente, después del emperador, es usted el hombre á quien más deberé en el mundo. Es usted un campechano.

El procurador estrechó la mano al coronel, le acompañó hasta la escalera y le alumbró.

—Boucard, dijo Derville á su primer pasante, acabo de oír una historia que acaso me costará veinticinco luises, pero, si soy tímido, no sentiré mi dinero, pues habré visto al comediante más hábil de nuestra época.

Cuando el coronel se encontró en la calle y ante un farol, sacó del sobre las dos monedas de veinte francos que el procurador le había dado, y las miró durante un momento á la luz. Volvía á ver oro por primera vez después de nueve años.

—¡Ahl ¡por fin podré volver á fumar cigarros! se dijo.

Unos tres meses después de esta consulta nocturna hecha

por el coronel Chabert en casa de Derville, el notario encargado de pagar el sueldo que el procurador pasaba á su singular cliente, fué á verle para conferenciar acerca de un asunto grave, y empezó por reclamarle seiscientos francos que había entregado ya al anciano militar.

—¡Cómo! te entretienes en subvencionar á los antiguos veteranos, le dijo sonriendo el notario, llamado Crottat, joven que acababa de adquirir el estudio de donde era primer pasante, y cuyo principal acababa de huir haciendo una espantosa quiebra.

—Querido amigo, te doy las gracias porque me recuerdas este asunto, respondió Derville; pero te aseguro que mi filantropía no pasará de veinticinco luises, pues mucho me temo ya haber sido víctima de mi patriotismo.

En el momento en que Derville acababa esta frase, vió sobre la mesa de su despacho los paquetes del día, que su primer pasante acababa de colocar, y llamó la atención de sus miradas unos sellos oblongos, cuadrados, triangulares, rojos y azules, colocados en una carta por las administraciones de correos prusiana, austriaca, bávara y francesa.

—¡Ahl! dijo riéndose, he aquí el desenlace de la comedia; ahora veremos si he sido ó no engañado.

Y esto diciendo, tomó la carta y la abrió; pero no pudo leer nada, porque estaba en alemán.

—Boucard, lleve usted inmediatamente esta carta á traducir y vuelva con prontitud, dijo Derville, entreabriendo la puerta de su despacho y tendiendo la carta á su primer pasante.

El notario de Berlín, al que el procurador se había dirigido, le anunciaba que las actas y documentos pedidos llegarían algunos días después de aquella carta aviso. Según decía, los documentos estaban extendidos en regla y revestidos de las legalizaciones necesarias para dar fe en justicia. Además, le decía que casi todos los testigos de los hechos consignados en dichos documentos vivían en Prussich-Eylau, y que la mujer á quien el señor conde Chabert debía la vida, vivía aún en uno de los arrabales de Heilsberg.

—Esto se pone serio, exclamó Derville cuando Boucard acabó de darle cuenta del contenido de la carta. Oye, amigo mío, repuso dirigiéndose al notario, me parece que voy á tener necesidad de ciertos informes que deben existir en tu estudio. ¿No fué en el despacho de ese bribón de Rogin donde...?